

PARA TI



El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

Manuscritos completos de
Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez

“Orígenes de la Civilización Adámica”
Vida de Abel

“Moisés”
El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”
Los Maestros

“Para Ti”
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mail:
alboradacristiana@elcristoes.net

Webs:
<http://www.fraternidadcristianauniversal.com>
<http://www.fraternidadcristianauniversal.net>

PARA TI

**Manuscritos completos de
Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez**



ALBORADA **CRISTIANA**
C/ Jardín, 11 - San Fernando de Henares
28830 MADRID - ESPAÑA
alboradacristiana@elcristoes.net

© Derecho de Autor Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Ediciones en español
Editor Fraternidad Cristiana Universal,
Florida, Provincia de Buenos Aires
Año 1955
Editorial Kier S.A. Buenos Aires
Año 1987

©Editorial Alborada Cristiana – Madrid, España
Año 2003-2007

Edición cotejada con los originales de la Obra por:
Hugo Jorge Ontivero Campo
Diseño de Portada: Sabino del Pino Galán

I.S.B.N.-13 978-84-933782-8-8
Depósito Legal:

Queda hecho el depósito que marca la Ley
Impreso en España
Printed in Spain

Índice

J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Semblanza.....	13
J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Biografía.....	15
Para Ti.....	17

EL HUERTO ESCONDIDO

Confidencias íntimas con el Divino Maestro

¡Cuando no lo esperaba, te encontré!.....	21
Buscándote voy.....	23
¡Estaba tan sola!.....	24
Como arbolito en el desierto.....	26
¡Maestro!... Solo Tú.....	28
Tú lo sabes todo.....	30
¡Siempre fuiste mi Maestro!.....	31
A la puerta del Santuario.....	34
¡Tu Divino Amor..., Señor!.....	36
Esperando al Amor.....	38
¡Háblame, Señor, que te escucho!.....	41
¡Maestro! ¡Óyeme!.....	44
“El Huerto de Gethsemani”.....	46
¡Tu Divino salmo, Señor!.....	49
La selva oscura.....	52
La amada Presencia.....	54
Velad y orad.....	57
El rosal de Cristo.....	61
¡Maestro!..., ¡dame tu paz!.....	64
El abrazo eterno.....	67
La soledad de Cristo.....	70
¿Qué es la vida?.....	71
Los mundos de luz.....	73
Como las calas de tu Santuario... (Meditación).....	81
La solidaridad universal.....	83
¡Me olvidaste, Señor!... (Prosa).....	85

PARÁFRASIS DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

A Kempis - In Memoriam.....	89
-----------------------------	----

Diálogo

Portal Primero: *La Vida Espiritual*

I De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad.....	90
II Cómo debe el hombre sentir humildemente de sí mismo.....	92
III De la doctrina de la Verdad.....	93
IV De la prudencia en las cosas que se han de hacer.....	96
V De la lección de las Santas Escrituras.....	96
VI De los deseos desordenados.....	97
VII Cómo se debe huir la vana esperanza y la soberbia.....	98
VIII Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.....	99
IX De la obediencia y sujeción.....	100
X Cómo se debe evitar la demasía de palabras.....	100
XI Cómo se debe adquirir la paz y deseo de aprovechar.....	101
XII De la utilidad de las adversidades.....	103
XIII Cómo se han de resistir las tentaciones.....	104
XIV Cómo se debe evitar el juicio temerario.....	106
XV De las obras que proceden de la caridad.....	107
XVI Cómo se han de sufrir los defectos ajenos.....	108
XVII De la vida religiosa.....	109
XVIII De los ejemplos de los Santos.....	109
XIX La vida del buen religioso.....	111
XX Del amor a la soledad y al silencio.....	112
XXI Del remordimiento de la conciencia.....	114
XXII Consideración de la miseria humana.....	116
XXIII Del pensamiento de la muerte.....	118
XXIV Del juicio y penas de la otra vida.....	120
XXV Del mejoramiento de nuestra vida.....	123

Portal Segundo: *De la Conversación Interior*

I De la morada interior.....	126
II Paciencia y humildad.....	128
III Del hombre bueno y pacífico.....	129
IV Pureza de afectos y sencilla intención.....	130
V De la propia consideración.....	131
VI De la alegría de la buena conciencia.....	132

Diálogo

VII	Del amor a Cristo sobre todas las cosas.....	133
VIII	De la familiar amistad de Jesús.....	134
IX	Conviene carecer a veces de consolación humana.....	136
X	Del agradecimiento por los dones de Dios.....	138
XI	Pocos aman la cruz de Cristo.....	140
XII	Del camino real de la Santa Cruz.....	141

Portal Tercero: *La Vida Interior*

I	Habla el interior de Cristo al alma fiel.....	145
II	La Verdad habla al alma sin ruido de palabras.....	146
III	Las palabras de Dios se deben oír con humildad.....	147
IV	Pide el alma la gracia de la devoción.....	148
V	La verdad y humildad nos hacen agradables a Dios.....	149
VI	De los maravillosos efectos del Divino Amor.....	150
VII	Cómo se prueba el verdadero amator.....	151
VIII	El don divino debe encubrirse bajo la humildad.....	153
IX	Nada es el hombre ante Dios.....	155
X	Dios es nuestro último fin.....	155
XI	¡Cuán dulce es servir a Dios!.....	156
XII	Los deseos del corazón se deben examinar y moderar.....	157
XIII	De la paciencia y mortificación.....	158
XIV	Cristo es ejemplo de obediencia y humildad.....	159
XV	Consideración de los secretos juicios de Dios.....	160
XVI	Todo deseo ha de conformarse a los de Dios.....	161
XVII	Se pide el cumplimiento de la Voluntad de Dios.....	162
XVIII	En sólo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.....	162
XIX	Todo nuestro afán sea puesto en Dios.....	163
XX	Debemos sufrir con serenidad las miserias temporales a ejemplo de Cristo.....	164
XXI	Cómo se prueba el verdadero paciente.....	165
XXII	Confesión de nuestra flaqueza.....	166
XXIII	Descansemos en Dios sobre todas las cosas.....	167
XXIV	Debemos hacer memoria de los beneficios de Dios.....	169
XXV	Cuatro cosas que causan grande paz.....	170
XXVI	Plegaria para apartar los malos pensamientos.....	170
XXVII	Oración para alumbrar el entendimiento.....	171
XXVIII	Debe evitarse el deseo de saber vidas ajenas.....	172

Diálogo

XXIX En qué consiste la paz del corazón.....	172
XXX De la excelencia del alma libre.....	173
XXXI El amor propio nos estorba el Bien Eterno.....	174
XXXII Oración para pedir la sabiduría celestial.....	175
XXXIII Contra las lenguas maldicientes.....	175
XXXIV Plegaria para el tiempo de la tribulación.....	176
XXXV Cómo hemos de obtener el favor divino.....	176
XXXVI Despegados de las criaturas hallaremos al Creador.....	178
XXXVII El hombre espiritual debe negarse a sí mismo.....	179
XXXVIII De la mudanza del corazón.....	180
XXXIX ¡Cuán dulce es Dios a quien le ama!.....	181
XL En esta vida no nos veremos libres de tentaciones.....	182
XLI Los vanos juicios de los hombres.....	183
XLII La renunciación de sí mismo nos da la libertad de corazón...	183
XLIII Lo exterior no debe absorbernos completamente.....	184
XLIV No sea el hombre importuno en los negocios.....	185
XLV Nada tiene el hombre de qué alabarse.....	186
XLVI Del desprecio de toda honra temporal.....	187
XLVII No debe nuestra paz depender de los hombres.....	187
XLVIII Contra la ciencia vana del mundo.....	188
XLIX No debemos buscar con demasiado afán las cosas exteriores	189
L No debemos creer a todos y cuán fácil es resbalar en palabras	189
LI De la confianza en Dios cuando nos injurian.....	191
LII Grandes cosas debemos padecer por la vida eterna.....	192
LIII Del día de la Eternidad y de las angustias de esta vida.....	193
LIV Del deseo de la vida eterna.....	194
LV Debe ofrecerse a Dios el alma desconsolada.....	195
LVI De los trabajos humildes.....	196
LVII No somos dignos de consuelos sino de tormentos.....	197
LVIII La Luz Divina no se mezcla en los placeres humanos.....	198
LIX De los movimientos superiores e inferiores en el alma humana...	199
LX Corrupción de la naturaleza humana y eficacia de la gracia divina.....	200
LXI Debemos negarnos a nosotros mismos y seguir a Cristo por la Cruz.....	201
LXII No debe acobardarnos nuestra flaqueza.....	202
LXIII Los juicios ocultos de Dios.....	203
LXIV Toda esperanza debe ponerse sólo en Dios.....	205

EN EL SANTUARIO DEL AMOR DIVINO

Canto

Hora de tinieblas

- I *Se queja el alma de la obscuridad en que la ha dejado el Divino Amor.....* 207
- II *Clarea en el alma la esperanza de recobrar al Divino Amor que se había ocultado.....* 210

La Hora de la Esperanza

- I *Elevación del alma al Supremo Amor.....* 211
- II *Encuentra el alma al Supremo Amor en todo cuanto existe...* 212
- III *El alma prosternada ante la Divinidad llama al Amado con dulce voz.....* 214

La Hora de Confidencias

- I *Siéntese el alma sola ante lo Infinito que ve acercarse y se abre como una flor al rocío de los cielos.....* 214
- II *Vibra el alma con más intensidad al recuerdo del Divino Martirio que siente en sí misma.....* 215
- III *Desprendida el alma del amor de las criaturas oye la voz del Divino Amador y se vacía toda en Él.....* 215
- IV *El alma escucha absorta como una música lejana la Voz Divina que la invita y llama.....* 217

AZUCENAS DE MI HUERTO

¡Todo canta a Dios!.....	219
¡Cómo miran tus ojos... Señor!.....	220
¡No te vayas, Amor!.....	221
¡Señor!... Yo vengo a Ti!.....	223
¡Señor!... ¡En Ti confío!	225
La plegaria del perdón.....	227
Salí a sembrar rosas.....	228
¡Una vez... Nada mas!... (Meditación).....	229
Yo soné.....	231
El Profeta de Fuego.....	231
El Huerto Sagrado.....	233
¡Solo Tú!.....	235
¡Me olvidaste, Señor!... (Plegaria de Navidad).....	236
La Virgen de las azucenas.....	238
La montaña de las cruces.....	238
¡Sedlo todo para mí!.....	242
¡Quiero verlo todo!... (Al Cristo piadoso).....	243
El poema de mis sueños (Diálogo del Alma con el Cristo).....	244
La inmolación.....	249
Teresa de Jesús (En su centenario).....	249
El Cristo de Barberis.....	251
¡Desde el abismo te llamo!... (Invocación a Cristo).....	252
¡Todo eres Tú!.....	254
La hora del Amor.....	255

LIRIOS DE LA TARDE

El ruiseñor cautivo.....	261
El amor a los veinte años.....	262
¡Yo quisiera!.....	262
Fue una flor del Aire.....	263
Las flores de tu huerto.....	263
¡Quiero ser para ti!.....	264
El huerto escondido.....	265
¿Por qué vivo, Señor?.....	266
Tus flores me hablan.....	267

Gardenias de raso blanco.....	268
Tus rosas se han secado.....	269
Duendecillo rubio.....	270
Puesta de sol.....	271
Las tres llaves.....	272
Tu recuerdo.....	273
La rosa seca.....	274
¡Qué largo es el camino!.....	275
¿Por qué te amé?.....	276
¡Cuéntame luna!.....	276
Mi rosario (A mis amados ausentes).....	277
¡Gracias, Señor!.....	278
El lirio blanco.....	279
Las visiones del poeta.....	280
¡Olvida..., corazón! (Recordando a Emelina).....	284
La canción del suicida (Dictada por C.E.L. para Esther).....	286
Los lirios volvieron (A mi nietito Carlos Manuel).....	288
El nido deshecho.....	289
Flor de la Luna.....	290
Sol de la tarde.....	292

CINERARIAS

Mi estrella fiel (A la querida memoria de mi madre).....	295
Treinta días de amor (A mi madre).....	297
Mi dulce esclavitud (A mi madre).....	298
El rosal de mi esperanza (A mi madre).....	299
Cuéntame, Madre.....	301
Llévame contigo (Plegaria a mi madre).....	304
Óyeme, madre.....	306
Soledad (A mi madre).....	308
Seis meses (A mi madre).....	309
Dame tu paz (Plegarias a mi madre).....	311
Dónde estás (A mi madre).....	312
Nunca pensé (A mi madre).....	314
De la eternidad.....	315
Veinticinco años (Nuestras bodas de Plata).....	316
Veinticinco de Mayo.....	317



Josefa Rosalía Luque Álvarez

SEMBLANZA

de Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
“Mamina” para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la “Obra de la Fraternidad Cristiana Universal”. Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un inconsciente, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro.

Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo – Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.



Josefa Rosalía Luque Álvarez

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ

Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba, República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez.

Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela “Fraternidad Cristiana Universal” en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el “conocimiento de sí mismo”, y la unión íntima con la Divinidad por la meditación, conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra: “Arpas Eternas” - “Cumbres y Llanuras” - “Moisés” - “Orígenes de la Civilización Adámica”, las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presencié al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor fraterno en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras

y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido como no hay otro, y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de mas de treinta años de escritura: “Orígenes de la Civilización Adámica”, “Moisés”, “Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”, “Llave de Oro - Siete Portales”.

Pequeñas joyas espirituales: “El Huerto Escondido”, “Paráfrasis de la Imitación de Cristo”, “Lirios de la Tarde”, “Cinerarias”, “Azucenas de mi huerto”.

En la lectura de sus manuscritos, iniciado aproximadamente el año mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella, tu corazón encontró lo que ansiaba eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempre viva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptora de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

PARA TI

¡Alma hermana y compañera del largo camino!...

Para ti que buscas, sientes y piensas como yo, salen a la luz estos trémolos del laúd interior, ora como gemidos lastimeros, como súplicas angustiosas, como resignadas plegarias y, sobre todo, como inquietos aleteos de Psiquis descontenta de las sombras y trabas que la aprisionan y anhelante hasta el delirio de la Suprema Belleza que presiente y del Eterno Amor que adivina.

Si te has forjado un ideal de perfección, de belleza y de inefable amor que demarque rumbos certeros en tu camino eterno, como la estrella polar al navegante, comprenderás estas sencillas páginas como te comprendes a ti misma cuando te agobia la tristeza, cuando te hiere el desengaño, cuando te lastiman las ingratitudes, cuando te acobarda la incomprensión de los compañeros de viaje, cuando el desamor de los amados te envuelve en el sudario helado de la soledad y del olvido; y, también, ¿por qué no decirlo?... las comprenderás cuando entregada a la meditación, con emocionado fervor, sientes el amor inefable de presencias invisibles que te traen de los cielos superiores mensajes sin ruido, sin voces, sin palabras, como el reflejo de estrellas lejanas que quisieran acompañar tu soledad, iluminar tus sombras, tus perplejidades y apagar con aguas purificadoras tu sed de verdad, de amor, de conocimiento!...

¡Para ti que has visto brillar en tu horizonte esa estrella de primera magnitud, plena de luz y de inefables ternuras, el Cristo Instructor y Guía de esta humanidad, comprenderás, sí, que el alma se lance en pos de Él como lo más bello, lo más puro, lo más perfecto que haya vivido en carne de hombre sobre esta Tierra!... Para ti que buscas ansiosamente la flor exótica del amor sin egoísmos, sin interés, sin pedir nada a cambio del amor con que te das, comprenderás, sí, estos delirios del amor, estos éxtasis de ternura, la entrega absoluta, la confiada esperanza, floreciendo siempre como eterna rosa viva, a pesar de todas las tristezas, de todas las ruinas, de todas las incertidumbres del humano vivir.

¿Qué más es “para ti”, alma compañera del viaje eterno?...

El deseo intenso y ferviente de que encuentres en las florecillas de mi huerto escondido la esencia de nardos que necesitas para ungir la cabeza, las manos y los pies del Hombre-Amor, único que puede decirte con su voz augusta de Verbo de Dios: “¡Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho! ¡Vete en paz!...

LA AUTORA

*Toda alma necesita de otra alma confidente
Cuando no la encontremos en la Tierra, busquémosla
En la inmensidad del infinito y estemos seguros de
Que una voz amiga responderá a nuestro llamado.*

EL
HUERTO ESCONDIDO

Confidencias Íntimas
con el Divino Maestro

¡CUANDO NO LO ESPERABA, TE ENCONTRÉ!...

Sentada estaba yo en el bosque sombrío de la vida, envuelta en densas tinieblas de dudas y de zozobras.

¡Y veía abrirse a mi vista muchos senderos oscuros, tortuosos..., sombríos!

¡Y cuando iba a echarme a andar por uno de ellos, allá, en lo hondo de la encrucijada, sentí que silbaban las serpientes de la falsa amistad y retrocedí espantada!

¡Sentéme a llorar a la sombra de un sicomoro, y colgué de sus ramas mi laúd sin armonías y sin cantos!

¡Pero un anhelo desconocido y extraño, un ansia impetuosa como una tempestad me empujaba a andar y andar!

¿Qué buscaba?... ¡Buscaba luz..., aire!... ¡Buscaba lealtad, sinceridad, amor! ¡Buscaba una vida nueva! ¡Oh!..., iyo no sé lo que buscaba!

¡Una y otra vez empecé a andar por aquellos caminos ásperos y solitarios, desnudos y fríos!

¡Y en unos aleteaban graznando los cuervos negros de la adulación y la lisonja interesada, y me helaba la sangre el cierzo frío del batir de sus alas!

¡En otros silbaban las serpientes de engañadoras promesas, que audaces corrían por una alfombra de césped florecido!...

¡En otros aullaban las fieras del fanatismo duro y cruel que parecía proyectar en mi alma la tiniebla pavorosa de la selva!...

¡Y en los de más allá, había tanto..., pero tanto lodo de miseria, mezquindades y egoísmos de todo género, que temía ahogarme lentamente en aquella ciénaga sin salida!

Y la noche avanzaba..., illegaba!... ¡Oh, sí!... ¡La noche de la eternidad, más oscura e incierta que la noche de mi alma, mientras estaba sentada en el bosque sombrío de la vida, entre dudas y cavilaciones!

¡Y, entonces, oí a mi lado, muy cerca y como dentro de mí misma..., una voz suave cual la melodía de un arpa que quisiera despertarme de un sueño!

¡Nadie había en torno mío y la cadencia continuaba vibrando quedo..., suave..., ininteligible al principio..., hasta que un esfuerzo mental y la ansiedad de la esperanza pudieron descifrar el enigma de aquella suave melodía que me acariciaba produciéndome un silencioso llorar!

Y eras Tú... ¡Oh, Divino Maestro Jesús!... Eras Tú que me decías con una voz musical:

“¡Yo soy la luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas!”

¡Y yo corrí hacia esa voz que parecía alejarse indefinidamente cual si fuera a extinguirse, perdida en la sombra que me envolvía!

¡Mi desesperado anhelo me llevaba al delirio..., al vértigo..., a la locura! ¡Debía encontrarle de nuevo!... Mas..., ¿dónde?, ¿cómo?... ¡Correr y correr hasta caer desfallecida esperando la muerte en aquella pavorosa oscuridad!...

¡Pero llegó una hora en que Tú, Maestro mío, tuviste piedad de mi y, acercándote a mi angustia suprema, me tendiste, la suavidad de tu mirada y el calor de tu mano amiga, de la cual me prendí ansiosamente para no soltarme jamás!...

Y parecióme que comenzaste, desde entonces, a andar a mi lado, mientras seguía resonando en mis oídos tu voz suave, acariciadora..., tiernísima:

“No temas a la oscuridad que te rodea. ¡Yo soy la luz de este mundo!”

“No temas extraviarte por las escabrosas sendas del bosque sombrío de la vida. ¡Yo soy el camino que conduce al reino del Amor Inmortal!...”

“No tengas miedo a las luces fatuas que deslumbran y engañan. ¡Yo soy la verdad!”

“No tengas miedo a la muerte. ¡Yo soy la vida eterna!”

Y así, prendida de tu mano como un abrojo del camino, ¡oh, Maestro Jesús!..., iré siguiendo a través del bosque sombrío de la vida, por esta senda que antes era oscura, pero tu luz la ha llenado de la blanca claridad de los cielos!...

¡Graznan los cuervos sobre mi cabeza, silban en torno mío los reptiles, aúllan a mi paso las fieras, muchas luces fatuas brillan ante mis ojos como errantes luciérnagas; pero ya no temo los horrores de la soledad, porque tú vas conmigo, Divino Maestro Jesús, y tu amada presencia obra en mi alma inesperadas transformaciones!...

¡Y si tropiezo y caigo en la fatigosa andanza, me ayudas a levantar, y un renovado esfuerzo me anima y empuja hacia la empinada cuesta que lleva a la cumbre azul serena de la purificación!...

¡Y llevo también una cruz sobre los hombros, que todos la llevamos en esta dura travesía de la vida!... ¡Pero es leve y ligero su peso, Maestro mío, compasivo y bueno!...

¡Porque llevas Tú el peso de mi carga y sólo dejas para mí la suavidad de tu compañía y el embeleso inefable de tu mirada!

¡Y así voy siguiéndote como bajo el influjo de un encantamiento, sin sentir la fatiga del viaje ni el peso de la cruz!

Y así voy embelesada siguiéndote. ¡Oh, Maestro Jesús, tan adorable y tan incomprendido de los hombres!... ¡Y así voy en pos de Ti para siempre!...

¡Oh, sí!..., ¡para siempre!... ¡Porque no puede el corazón dejarte después de haberte encontrado!...

BUSCANDOTE VOY...

Mi alma busca la tuya, ¡oh, Jesús, Maestro mío!

Mis manos se tienden hacia Vos como al único amparo, al único apoyo capaz de sostenerme en las tinieblas de la vida.

Y Tú no me rechazas como rechaza mi espíritu a los que caen en profunda miseria como antes de ahora he caído yo.

Con mi alma cubierta de lepra y de llagas, hace muchos siglos te buscaba y te seguía y nunca jamás tu alma me dijo: *“¡Aléjate de mí, larva impura que manchas cuanto tocas!”*.

¿Y por qué yo, Maestro, dejo que en lo hondo de mi ser anide, a veces, la repulsión para los que pecan?...

¡Porque soy aún miserable y llena de mezquindad!

Porque con tanto amarte y seguirte, aún no he comprendido la grandeza de tu Corazón de Hombre-Dios.

¡Porque con tanto escuchar las armonías divinas de tu alma hablándome de ternura y de amor, aún no he aprendido a amar como Tú!

¡Soy yo, oh, Jesús, Maestro mío, quien necesita ser perdonada una vez más!

¡Mí alma busca la tuya como una tórtola errante y solitaria que, sintiendo rotas sus alas y herido su corazón, se refugia en Ti, piadoso y bueno, consolador Divino de los que lloran bajo el peso de sus pecados!

¡Maestro Divino!... ¡Maestro Jesús!... ¡Sed conmigo en esta hora en que mí alma te llama, huérfana y sola en los abismos de la vida terrena adonde tu voluntad y la mía unidas me han hecho nacer para mi purificación final y en beneficio de los pequeños!...

¡Oh, Jesús, Maestro mío! ¡Que yo te sienta junto a mí en las horas de debilidad!...

¡Que yo te sienta junto a mí cuando el cansancio, la decepción y el tedio me acosan con sus rugientes alaridos!

¡Que mi alma se funda en la tuya, mar inmenso de compasión y de amor, como una gota de agua en el océano, como chispa en una hoguera, como una ráfaga de perfume en el inmenso oleaje de tu esencia divina!

¡No me apartes, Señor, de Ti, como mi alma egoísta y cruel repudia a veces a las almas cancerosas y enfermas de los que hoy pecan como he pecado yo en mi larga vida de siglos y siglos!...

¡Oh, Divino Maestro Jesús!... ¡La dicha de seguirte de cerca, de oír tu voz, de inundarme con la luz divina de tu mirada, que es ala que levanta mi espíritu..., es todo cuanto quiero y cuanto pido y cuanto anhelo en esta vida mía!

¡Oye por piedad, Señor, mí voz que te llama y que te pide, no sólo para si misma sino para todos, esa luz de tu mirada, esa suave melodía de tu palabra, ese divino consuelo para todo dolor, de sentirte cerca, de sentirte en tus piedades, en tus perdones, en tus enseñanzas y, sobre todo, en la inefable ternura de tu alma excelsa de Hijo de Dios; para estos hermanos nuestros que, junto conmigo o lejos, divididos a veces por el odio y la repulsión o apartados por la indiferencia y las circunstancias de la vida, corriendo van sin orientación y sin rumbo cayendo y levantando a lo largo del camino sin fin!...

¡Oh, Divino Maestro Jesús!... Si ha sonado la hora de que los hombres te sientan como a su única luz y su único refugio y su único Salvador, consume tu obra, ¡oh, Señor!, ¡y que la humanidad vea por fin en ti la gloria de Dios!

¡ESTABA TAN SOLA!...

El viento helado del egoísmo que cruzaba por la arboleda sin vida, sin rumor y sin cantos, secaba mis lágrimas y el sudor que angustias de muerte hacían brotar en mis sienas...

¡Estaba tan sola!...

¡La raíz saliente de un espino secular cuyas ramas parecían crujir remedando mis gemidos prestaba apoyo a mi cabeza cansada!... ¡Cansada de insomnios febriles, de tormentosos terrores, de quiméricos delirios y de deslumbramientos penosos!...

¡Estaba tan sola!...

Mis manos se extendían a tientas por el vacío, buscando otra mano que me ayudara a levantar de mi postración dolorosa y terrible; y mis manos tropezaban con la vileza y la envidia, como las hojas traidoras de los cardos silvestres que me rodeaban...

¡Estaba tan sola!...

¡Y a causa de mis hondas heridas mis labios estaban abrasados por la fiebre que interiormente me devoraba, sin que nadie hubiera a mi lado para derramar en mi alma el agua piadosa de los consuelos ni en mis labios el agua fresca de los manantiales!

¡Y pasaban junto a mí los viajeros de la vida, uno, otro y muchos más, y viéndome sumida en hondo desfallecimiento como un lento morir, pasaban de largo! ¡Aquella fría indiferencia a mi dolor hacía más intensos mis padecimientos y, a gritos, llamaba a la muerte que pusiera fin a aquella agonía lenta... lenta!

¡Vae-soli! ¡Ay del que está solo!..., murmuró una suave voz en mis

oídos ya próximos a cerrarse a todos los sonidos de la tierra.

Y algo así como la suavidad de estrofas de cristal cantadas por ángeles invisibles me indujo a pensar que una vida nueva se desarrollaba junto a mí.

¡Y era la omnipotente piedad de tu amor misericordioso, Maestro Jesús, que llegaba a mí derramando ternuras, piedades, consuelos y perdones como una lluvia de rosas blancas sobre la inmensa soledad de mi alma!... ¡Como suave raudal de un bálsamo maravilloso sobre las hondas heridas de mi corazón!...

¡Y viniste hacia mí!

¡Y viéndome desfallecida por el cansancio de una vida sin orientación y sin luz, abrasada por la fiebre de belleza y de amor que me devoraba, cubierta de polvo y lodo de los largos caminos inciertos; movido a compasión te acercaste comprensivo y bueno sin preguntarme nada, porque todo lo sabías..., porque leías en mis ojos y traducías la vibración de mi pensamiento y los latidos de mi corazón!...

¡Tu mano piadosa se enlazó a la mía y me guiaste hacia una tibia y apacible morada, a un dulce y suavísimo nido preparado por Ti para la avecilla enferma de soledad y de abandono!...

¡Y tus manos delicadas como llenas de jacintos en flor derramaban aromoso bálsamo sobre las hondas heridas de mi alma!...

¡Y al agitar el viento los rizos de tus cabellos y los pliegues de tu manto, soplaban sobre mi frente abatida frescos céfiros del cielo, y rumores musicales de renuevos de palma aleteaban acariciantes ahuyentando mi fiebre!...

¡Comprendí que entonces ya no estaba sola!...

¡Y no era ya el viento helado de una noche invernal que secaba mis lágrimas, sino que Tú, piadoso amigo de todos los que sufren, buscando a tientas en la oscuridad, venías a mí con la inefable ternura de tu amor misericordioso!

¡Y tus palabras, Maestro mío, eran oleadas de claridad para mi mente ensombrecida!...

¡Y era tu amor como agua de manantial que nunca se agota, y donde bebió mi alma sedienta hasta la embriaguez del éxtasis en que se olvidan todas las negruras de la tierra!...

¡Entonces supe que ya no estaba sola!... ¡Y ya no era la raíz nudosa y saliente de un espino secular quien daba apoyo a mi cabeza ardorosa de delirios y de fiebre, sino que Tú, Maestro Jesús..., modelo santo de amigo noble y bueno, apoyabas mi frente fatigada en tu pecho dejándome sentir los latidos de tu gran corazón, amante divino de la humanidad, la proscrita ciega que aún no puede verte ni comprenderte, ni amarte!...

¡Entonces ya no estaba sola!...

¡Mis manos ya no se tendían a tientas por el vacío buscando otra mano que me ayudase a levantar, porque Tú, piadoso amigo de mi alma solitaria, me extendías las tuyas llenas de rosas blancas de una paz inefable; llenas de perfume celestial de tus perdones suavísimos!...

¡Qué dulce es al alma la luz tuya, Maestro mío, que sabe curarla de la enfermedad, de la tristeza, del abandono, del frío desamor de las criaturas, incapaces de comprender las tempestades silenciosas de las almas que acarician ideales indefinibles e ilimitados, como ilimitados son los infinitos horizontes que vislumbran tras de cumbres lejanas!

Y al comprender que ya no estaba sola, me abracé sollozando a Ti, como un amigo a su amigo, como un enfermo a su médico, como un hijo a su padre, y te dije: ¡Por piedad, Maestro Jesús!..., ¡eterno amor de mi alma!..., no me digas como al enfermo del Evangelio: “Tu fe te ha curado. ¡Vete en paz!...” ¡Oh!..., ¡no me digas así, por piedad! ¡Yo no quiero irme de tu lado! ¡Yo no me iré jamás!... ¡Oh, no, jamás! ¡Porque ninguna voz me suena como la tuya!...

¡Ninguna amistad es constante y leal como la tuya! ¡Ningún amor de la Tierra se asemeja al tuyo, que se me da plenamente sin pedirme nada, sino que oiga, como en eterno arrobamiento de luz, de esperanza y de paz, la armonía eterna del Amor Universal!...

COMO ARBOLITO EN EL DESIERTO...

¡Así estaba mi alma en el seco y helado desierto de los convencionalismos rutinarios y faltos de sentido espiritual en que había nacido!

¡Azotado por vientos contrarios, se levantaba apenas de la tierra el tallo débil, enfermizo, anémico!

Como plantado a orillas del Mar Muerto, sus aguas envenenadas corroían su raíz quitando savia a sus ramas...

¡Infeliz arbolito de arrayán!... ¡Todo te era adverso en el árido y seco desierto de tu vida!

¡El sol abrasador de un ideal presentado al espíritu entre los terrores del Sinaí me consumía; y a través de esas brumas de fuego, ni una gota de rocío venía a refrescar mi fiebre!

¡Era como un ardoroso otoño, cuyos cálidos vendavales se llevaban una a una las ramas enfermas, convertidas en amarillenta hojarasca!...

¡Y comprendía que era yo aquella hojarasca que rodando por el suelo, a merced de los vientos ardientes del desierto, iba a servir de nido a los reptiles escondidos en la grietas de los desnudos peñascos!...

Ningún viajero comprendía que aquel arbolito iba muriendo lentamente

de soledad, de abandono, de esa angustia pesada y silenciosa en que se consumen sin alarde y sin ruido tantas vidas, así animadas como inanimadas, así vegetales como animales, así orgánicas como inorgánicas... Vive y muere el árbol y la flor, el ave y el pez, la bestia y el hombre, el insecto y la piedra...; que todo es vida, dolor y muerte en la inconmensurable Naturaleza, obra de Dios.

¡Mas, nada ve ni sabe el viajero que cruza sin pensamiento y sin reflexión cerca del arbolito de arrayán, que moría en el desierto sin una gota de agua dulce, y fieramente azotado por los vientos de la incomprensión y del fanatismo!...

Pero llegó un día... ¡Oh, piadoso viajero por el mundo de las almas, Divino Maestro Jesús!... Llegó un día que al hacer el recorrido por los desiertos solitarios, encontraste este arbolito tuyo que moría lentamente porque aguas insalubres corroían su raíz, y vientos de fuego secaban su ramaje. Y pusiste con amor tus manos sobre mí como sobre un enfermo moribundo para darle vida nueva, aliento nuevo y la esperanza de resurgimiento bajo un clima acariciador...

Y me trasplantaste de aquellas tierras de fuego y arenas que me consumían..., y llevándome a un fresco y delicioso invernáculo, me decías con inefable ternura: *“Yo soy el buen jardinero que siembro la buena simiente y lo hago nacer y crecer de modo que las avejillas del campo aniden en sus ramas, y las bestias de la selva se cobijen a su sombra. Y ahora serás como el árbol plantado a la corriente de dulces aguas que a su tiempo dará flores y frutos; y su hoja en perenne verdor, no caerá ni se marchitará jamás!...”*

¡Sólo Tú, Maestro mío, mago Divino del Amor, puedes hacer que así sea; y que el arbolito de mi espíritu retoñado y florecido al influjo de tus piedades y ternuras, no se agoste ni marchite aunque las escarchas de la indiferencia, los vientos de la incomprensión, las heladas cenizas del abandono, de la ingratitud, del olvido, de todo lo que es dolor y angustia para el corazón que siente y ama, lleguen de nuevo un día y de nuevo lo azoten con inaudita crueldad!...

¡Sólo Tú puedes impedir que lo ahoguen las zarzas de la vanidad, y los cardos espinosos de las ruindades humanas, plantas nativas de los valles terrestres!...

¡Sólo Tú..., hortelano Divino de tus jardines de amor, puedes hacer que sea como un arrayán eternamente florecido, plantado a la corriente de un arroyuelo rumoroso donde beben las palomas y se reflejan, silenciosamente, la danza de las estrellas y los resplandores dorados del sol que se hunde en el ocaso!

¡Sólo Tú, jardinero de los campos del Creador, puedes hacer que en esta plantita tuya se abran flores de vida eterna que suavicen todos los

dolores humanos y llenen las almas de suprema aspiración al Infinito!...
¡Flores como pebeteros de oro, ardiendo de fuego purificador que consume el egoísmo y la ambición, la envidia y la soberbia, ortigas malignas que separan las almas unas de otras!

Y así... ¡Oh, Maestro dulce y bueno!... Cuando al declinar las sombras bajas a este huerto tuyo, puedas decirme como a la Esposa del Cantar de los Cantares: “He venido a mi huerto y hallo renuevos que son vergel de granados en flor; con frutos son los manzanos, cipreses, nardos y sicomoros, la mirra y el áloe me dan sus primeros perfumes, y los árboles del Líbano su sombra fresca y acariciadora...”

¡Mirra y áloe, perfume de nardos y bálsamo de esperanza y de consuelo, rayo suave de sol en la tristeza de la vida eres Tú, Divino Maestro Jesús, para todos los que te aman y te buscan en el dolor de este mundo donde los caminos están llenos de encrucijadas peligrosas, de precipicios que son como abismos..., de ciénagas que ahogan y no tienen salida!...

Si mi pobre alma puede vivir y florecer regada y cuidada por Ti, que sea para gloria tuya, Maestro Jesús, y que cada flor sea un alma que te busque y que te ame...

¡Oh, Divino Salvador de todos los naufragos, de todos los abandonados..., los olvidados y los proscritos!...

¡Desierto arenal reseco es todo este mundo, Maestro Jesús, donde las almas se agostan, enloquecidas, por los vendavales de fuego que corren en todas direcciones!

¡Dame, Señor, la gloria de hacerte conocer y amar de todas las criaturas que pueblan la tierra y cierta estoy que mi alma florecerá para Ti, como un rosal en primavera!...

¡MAESTRO!... SOLO TÚ

¡Oh, mi Divino Maestro!..., ¡Mi luz, mi guía...; voz que habla en lo profundo de mí misma y me enseña los caminos de la Eterna Verdad! ¡Óyeme por piedad!...

Me ocurre, a veces, que el horizonte se torna nebuloso y sombrío y nada veo y nada siento que me aliente y anime.

¡Parece que Tú estás demasiado lejos de mí a causa de mi pequeñez y miseria!...

¡Parece que todas las luces se hubiesen apagado en torno mío y que mi alma, como una góndola perdida en la inmensidad de los mares, flotara sin rumbo fijo a merced de las olas!

¡Parece que soy como una avechilla solitaria en medio de una selva

inmensamente grande y silenciosa donde ni un solo rumor me indica la presencia de otro ser como yo, en tal forma que mi voz, al resonar, se siente repetida sólo por el eco lejano..., lánguido..., pavoroso!...

¡Oh, Maestro compasivo y bueno!... Ten piedad de mí que me siento como sumergida en un infinito abismo, agobiada de tristeza también infinita, porque me es imposible el consuelo, porque nadie en la Tierra comprende mi penar, porque mis sombras nadie las puede disipar, sino Tú que sabes de mis angustias, de mis cansancios, de mis agonías.

Mis afecciones, mis esperanzas, la quinta esencia de mis amores humanos, encerrados fueron en el sarcófago silencioso adonde van a morir todas las afecciones, que cual lucecitas fatuas alumbran a veces el camino de la vida.

Sólo perdura el amor tuyo, ¡oh, Divino Maestro Jesús!, como eterna irradiación de estrellas; como rastro que hubiera dejado la luna sobre el lago en la pradera; como suave rumor de una melodía hondamente sentida, cuya resonancia perdura en el fondo del alma que lucha por retenerla.

¡Oh, amado Señor!... ¡Amor de mis amores!... ¡Amor único y eterno que ha resistido a las borrascas y al tiempo y que se agiganta con los siglos!...

¡Te busco en el dolor, te busco en la alegría..., te busco entre las sombras, en medio de las muchedumbres, en la soledad, en el abandono, en la luz, en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!... ¡Hombre Luz!... ¡Hombre Dios!... ¡Hombre Amor, que mi alma quiere sobre todas las cosas!... Los latidos de mi corazón te nombran.

¡Mis ojos tendidos hacia el espacio inconmensurable te buscan, y cada resplandor de estrellas pareceme que fuera el divino beso de tu alma a la mía!

Tú has dicho: *“No busco adoradores de mi persona, sino continuadores de mi obra”*. Pero yo en mi pequeñez y miseria, en mi pobreza espiritual, no soy capaz de proseguir tus caminos continuando tu obra, si no es movida, impulsada por la fuerza avasalladora de un amor sin límites, de un amor que jamás dijo *“basta”*; de un amor que jamás colma la medida, porque el amor tuyo, Señor, tampoco tiene medida.

TÚ LO SABES TODO

¡Maestro Jesús!... ¡Amigo único de mi alma solitaria y entristecida!...
¡Tú lo sabes!... ¡Tú lo sabes todo..., absolutamente todo cuanto vive y
cuanto muere aquí en el profundo abismo de mi espíritu continuamente
agobiado por el enorme peso de la vida!

¡Todo cuanto vive y cuanto muere cada día, cada hora, cada minuto!

¡Esperanzas que vienen y se van como olas rumorosas y acariciantes que
humedecen las arenas por donde mis pies se deslizan, y huyen después a
sepultarse en los abismos del inmenso piélago!...

¡Cuánto vive y cuánto muere dentro del alma, cada día, cada hora, cada
minuto!

Afectos, promesas, amistades caducas y efímeras que vienen y que van
como luciérnagas engañosas que se encienden y se apagan en las tinie-
blas de la noche, dejando al alma desolada, solitaria, sin luz y sin calor,
sumergida en sombras siniestras, heladas y silenciosas.

¿Por qué es todo esto, Maestro mío?

¿Por qué estos abismos entre almas hermanas, entre viajeros que ca-
minamos hacia un mismo punto final?

¿Por qué el alma tiene tanto frío, Maestro, y siente tanta soledad y se
sumerge en olas inmensas de tristeza?

¡Yo sé que Tú, también, Maestro mío, bebiste a grandes sorbos la hon-
da tristeza de la vida terrena, y padeciste más que yo la incomprensión
de los hombres, la inconstancia de sus promesas, la volubilidad de sus
afectos y la pobreza de sus amistades semejantes a mendigas raquílicas
y harapientas, siempre tendiendo la mano a la espera del mendrugo de
la recompensa!...

Yo sé que Tú, Maestro mío, has sentido el dolor que fluye como un río
caudaloso de esta palabra pronunciada por un amigo con quien habías
partido el pan: “no le conozco..., nunca vi a ese hombre”.

Yo sé que Tú has sufrido la angustia profunda, como herida causada por
un estilete fino y sutil, de escuchar con asombrados oídos, que aquellos
que contigo compartieron el techo y el fuego del hogar paterno, decían con
reconcentrado disgusto: “¡es un inútil, un hijo desnaturalizado, holgazán
e insensato, con locas pretensiones de apóstol que guía multitudes!...”

Yo sé que la traición y la ingratitud humanas te atravesaron el corazón
de parte a parte, mucho antes de que la lanza de Longhinus te asestara
aquel golpe final.

Yo sé que pasaste por la humanidad haciendo el bien y que la humanidad

te colmó de tanta amargura, que su negro oleaje obscureció la luz de tu radiante fe y exclamaste en pleno martirio:

“¡Padre mío!... ¿Por qué me has abandonado?”

¡Alma pura, inundada de tristeza, de Jesús sacrificado!...

¡Dame luz en la tristeza mía, que oscura es demasiado la noche de mi viaje por estas selvas, que se saben donde empiezan, pero no donde terminan!...

¡Herido y solitario corazón de Jesús mártir! ¡Deja que escuche en mis hondos silencios tus latidos rítmicos y suaves como cadencias de tórtolas, porque ellos harán compañía a la soledad profunda de este corazón mío, herido también agonizante, esperando en vano el latido postrero que tarda aún en sonar!...

¡Lágrimas silenciosas de Jesús solitario, recogidas por las brisas tibias de las tardes galileas, o congeladas en las pálidas mejillas por los vientos de las noches invernales, decidme si al brotar de esos ojos sin malicia y sin pecado, erais perlas veladas de tristeza, o savia del alma desbordada en amor, o chispas de estrellas desprendidas por el éxtasis de internas visiones en horas de luz y de armonías!

¡Maestro mío!... ¡Maestro mío!

Las palabras que dijiste un día a aquella mujer que te amaba y que derramó esencia de nardos en tus pies infatigables: *“Mucho se te ha perdonado porque has amado mucho”*; yo las transformo para Ti, Maestro, y transformadas las escribo al pie de esta confidencia de mi alma con la tuya.

“Mucho has llorado y padecido, ¡oh, excelso espíritu de Jesús-Amador, porque has amado mucho!...”

¡SIEMPRE FUISTE MI MAESTRO!

¡Qué divina enseñanza la tuya y que éxtasis fue para mi alma cuando llegué a descubrirla!...

¡Jamás podría pintar ni aún con un pincel mago el deslumbramiento de luz que se hizo en mi espíritu cuando a la vuelta de una página del libro eterno de la vida, encontreme con tus pensamientos geniales, con tu palabra vibrando como un clarín de oro en la inmensidad!

¡Maestro mío!... ¡Tú lo sabes!...

¡De muchas fuentes había bebido, harta estaba de agua, pero tenía sed!...

Yo sabía muchas cosas porque largos estudios habían consumido mi primera juventud con sus serenos días y sus noches de placidez sin inquietudes ni zozobras.

Pero me parecía no saber nada que llenara la vacía inmensidad que sentía en mí misma.

Descendía con el geólogo a las entrañas de la tierra, averiguando en qué edades remotas fuéronse formando aquellos terrenos estratificados por la milenaria sucesión de los siglos.

Con el naturalista recorría la floresta deshojando corolas, abriendo hasta el corazón los tallos, diseccionando insectos para encontrar los orígenes y causas de la vida en aquellos diminutos organismos.

Buscaba con el filósofo la verdad y el porqué de todas las cosas y averiguaba con el historiador los acontecimientos sucedidos en la Tierra, en el largo y pesado rodar de los siglos.

Mas..., ¿qué fue de esas generaciones, de esos hombres célebres que cruzaron por el mundo dejando rastros profundos de bien o de mal, de progreso o de dolor que aún se recuerdan hoy día?... ¡Misterio!... ¡Nadie sabe responder!...

Al geógrafo le interrogaba ansiosamente...

Al astrónomo más aún...

¿Qué hay más allá de los límites de esta tierra que habitamos? ¿El vacío?...

¡Cuán terrible es esta palabra: vacío!... Mi comprensión de adolescente no podía penetrarla ni asimilarla...

¿Qué son y qué significan esas gotas de luz que bordan como lentejuelas de oro la inmensidad azul que nos rodea? ¿Son estrellas?...

Pero, ¿por qué y para qué están allí, impávidas..., serenas..., imperturbables en su eterna vida inútil de simples lentejuelas de oro salpicando el manto color turquí de la noche?...

Y cuando a la escasa luz de mis conocimientos había descubierto, a medias, algunos de los misteriosos secretos de los seres y de las cosas, me preguntaba desconsolada:

¿Qué saco en limpio de todo esto? ¿Qué me queda, qué descubro, qué tengo, qué poseo más de lo que antes tenía?

¡Entonces sí que sentía el vacío dentro y fuera de mí!

¡El vacío que era para mí lo irreparable..., lo incomprendible!..., ¡la eterna esfinge muda ante la cual se estrellan las avalanchas de arenas arrastradas por el simún, y los interrogantes de los hombres para quienes permanece impenetrable!

¡Estaba harta de agua, pero tenía sed..., mucha sed! Y buscando a diestra y siniestra, por los caminos sombríos y por las praderas en flor; por los templos con los cirios temblorosos y penumbras perfumadas de incienso..., por los claustros solitarios donde oran y cantan los anacoretas y las monjas; por las chozas de los campesinos..., por los rastros sembrados de trigo, por los alfalfares de ondulante verdor donde pastan las majadas

